

José Fernández Bremón



**El Crimen de
Ayer**

textos.info
biblioteca digital abierta

El Crimen de Ayer

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8273

Título: El Crimen de Ayer

Autor: José Fernández Bremón

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 11 de julio de 2024

Fecha de modificación: 11 de julio de 2024

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Crimen de Ayer

«Felices los que hallan siempre la moral en armonía con su conveniencia, porque nunca tendrán remordimientos». Así reflexionaba anoche cuando faltó de asunto de actualidad para la revista, me dirigí en busca de mi amigo Damián, a quien salvé la vida hace dos meses consiguiendo apartar de su ánimo la manía del suicidio.

—¡Oh amigo mío! —le dije con el acento más suave que pude dar a mi voz—, ya sabes que no deseo tu muerte, pero como al fin y al cabo la vida es corta y miserable y pudieras persistir en la idea de poner punto final a la tuya; sin que esto sea inducirte al suicidio, vengo a rogarte que, si continúas decidido a morir, lo hagas esta misma noche en mi presencia, para darme un asunto dramático y conmovedor con que impresionar mañana a los lectores.

»En estos tres últimos días no ha tenido la bondad ningún marido de hacer la vivisección de su mujer culpable; no se ha determinado a fallecer ningún hombre eminente; ni siquiera se han atrevido los imitadores a asaltar un simple tranvía, a ejemplo de lo ocurrido en provincias hace poco; el cometa que han visto algunos en el cielo no dirige la proa hacia la tierra; todo funciona con monotonía insoportable; felices los revisteros que pudieron anunciar el incendio de Roma por Nerón y la derrota del Guadalete. El mundo ha degenerado, amigo mío. Ya no sucede nada. En ti confío únicamente.

—Mucho siento —contestó Damián con benevolencia— no poder complacerte; pero tus argumentos en contra del suicidio me convencieron.

—Sin embargo, acaso pude equivocarme —repliqué—. Medítalo con calma, amigo mío.

—Comprendo tu situación —repuso Damián—, y voy a darte asunto.

—¡Ah, buen amigo! —dije abrazándole—. ¿Te decides a morir? ¿Te sacrificas a la curiosidad pública?

—No hay necesidad: voy a referirte un hecho que conmoverá seguramente a los lectores. Enciende el cigarro y escucha.

Y Damián empezó su relato de este modo:

* * *

Hay, pasada la puerta de Toledo, un tejear donde vivían, hace poco, un matrimonio joven, con tres hijos de cuatro a seis años de edad y el abuelo materno de éstos: hace dos días desapareció el viejo, sin que se pudiera averiguar su paradero, atribuyéndose generalmente su ausencia a los malos tratos que daba su yerno al infeliz.

Ello es que el hijo político no hizo muchas diligencias para encontrar a su suegro y la hija se contentó con lamentarse ante algunas vecinas. Así las cosas, esta misma tarde, el mayor de los niños entró alborozado en el tejear, y dijo alegremente:

—¡Madre!, ya ha parecido el abuelito.

—¡Gracias a Dios! —contestó aquélla, besando con efusión a la criatura—. ¿Dónde está?

—Detrás del montecillo: sólo asoma la cabeza y mis hermanos están tirándole del pelo.

La pobre mujer no comprendió la confusa relación del muchacho y se encaminó precipitadamente hacia el sitio designado, quedando helada de terror ante el espectáculo que se ofrecía a sus miradas. La cabeza del viejo, inmóvil y sumamente pálida, salía de la tierra, bajo la cual debía hallarse todo el resto del cuerpo; los dos nietecitos, llenos de placer con el hallazgo del abuelo, le hacían preguntas infantiles y caricias, pero empezaban a alarmarse con el silencio del anciano.

—¡Ríete! —decía el menor, a quien tanta seriedad daba ya miedo.

—¿Estás dormido? —le preguntaba el otro nieto.

—Madre —repuso el mayor, ¿por qué tendrá abuelito tan fría la cabeza?

La mujer no contestó; cayó a tierra de rodillas; abrazó convulsivamente la

cabeza de su padre, y un grito espantoso resonó hasta gran distancia: la infeliz sostenía entre sus brazos la lívida cabeza separada del tronco. Las fuerzas le faltaron y el cráneo, cayendo pesadamente a tierra, rodó por el montecillo.

El grito desgarrador de la mujer atrajo algunos trabajadores y vecinos que dieron parte a la autoridad, la cual registró el tejado y los campos inmediatos para hallar el cuerpo de la víctima y los vestigios y rastros de aquel horrible crimen de que la voz pública acusaba al yerno. El resultado de las primeras investigaciones, en lugar de aclarar el asunto, lo complica de un modo singular, pues en vez de hallarse el cuerpo que se buscaba, se ha encontrado otra cabeza, la del yerno, a quien se suponía el matador.

La sensación producida por este doble y espantoso asesinato ha sido profundísima, y el estado de la mujer e hija de las víctimas es tan delicado, que se teme pierda también la cabeza.

* * *

—Un momento —dije horrorizado e interrumpiendo a Damían—. ¿Cómo no publican los periódicos de esta noche ese crimen terrible e interesante?

—Sólo yo lo sé con todos sus detalles.

—¿Mejor que el juez de guardia?

—Mucho mejor, por la sencilla razón de ser el autor del crimen.

—¡Oh!, amigo mío, gracias, gracias —exclamé abrazándole—; tu confesión te honra; sólo te falta concluir como una persona decente, arrojándote por el Viaducto, para no ser conducido al cadalso. Si todos los amigos hiciesen lo que tú, no habría necesidad de inventar revistas: las haríais vosotros mismos, y de las más leídas, por ser la literatura patibularia la más conmovedora. ¡Salgamos! Vayamos hacia el Viaducto. ¡Oh, queridísimo amigo!

Damián me contuvo, mirándome sorprendido.

—¿No te he dicho que ese crimen no ha sucedido, sino que es invención mía?

Confieso que me quedé frío y profundamente disgustado.

—¿Luego ya no tengo asunto?

—¿Cómo que no? Es un crimen con todos los encantos de lo sangriento y aterrador, y la circunstancia atenuante y consoladora de no haber ocurrido.

—Pero ¿cómo disculpar esta ficción?

—Yo mismo te dictaré el final, escribe.

Tomé la pluma y escribí:

No habiendo ocurrido en estos tres últimos días ningún hecho terrible de esos que dan tanto interés y amenidad a los periódicos, nos hemos permitido improvisar un crimen nuevo e inventado expresamente para nuestros apreciables suscritores.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a su patria; ya en ella fue colaborador de *El Globo*, *El Bazar* (1874-1875),

Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.

